



## Cartas sobre una biblioteca ideal

### III

«Mi buena amiga :

No pensaba llegar tan pronto a hablarte de algunos viejos poetas líricos, pero puesto que así parece pedírmelo al decirme que en el jardín de tu casa, «junto a las lilas empiezan a florecer los rosales», «que en los árboles hay ya alboroto de polluelos», que «un día sí y otro también cantan campanas de boda en la Colegiata», y que «en la primavera te gustan los versos como en ninguna otra estación», no tengo otro remedio que dedicar esta carta a recomendarte el conocimiento de dos grandes vates —el uno griego, latino el otro—, de los que podrás encontrar sin dificultad excelentes traducciones castellanas: Anacreonte y Virgilio.

Anacreonte nació en la ciudad jónica de Teos (Grecia asiática) hacia el año 560 antes de Cristo. Huyendo de los persas, se refugió en Samos, donde le protegió el fastuoso tirano Polícrates, en cuya corte encontró un refinado ambiente, muy adecuado para el desarrollo de su alegre inspiración que le movía a cantar en sus odas al mirto y al laurel, al perfume de las rosas y al sabor de los vinos, a la belleza y al amor. Al morir, su protector, Anacreonte, pasó a la Grecia continental y en Atenas sirvió a Hiparco, quien, lo mismo que Polícrates, murió asesinado. Ya muy anciano, Anacreonte regresó a su patria, en donde, allá por el año